UN VIAJE MARAVILLOSO

CUENTO DE SELMA LAGERLÖF

EDITORIAL TOR

00163276

Mozita

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760 Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

1 Pinocho en el teatro de títeres
2 Blancanieves y los 7 enanitos
3 Los príncipes encantados
4 La Bella durmiente del bosque
5 Juanfuerte
6 Piel de asno
7 La princesa y el erizo
8 Alí Babá y los 40 ladrones
9 La inocente mensajera
10 Pinocho en campo de milagros
11 El pájaro verde
12 Pulgarcito
13 Los maestros cantores
14 El rey del río de Oro
15 Caperucita Roja
16 Las tres princesas
17 El triunfo del zorro
18 Pinocho en la isla de las abejas
19 La princesa pícarona
20 Simbad el marino
21 Canción de Navidad
22 Un viaje maravilloso
23 El niño que se volvió hormiga
24 El enano Zacarías
25 Pinocho en gruta del monstruo
26 El legado del moro
27 El gato con botas
28 El hada de Granville
29 De los Apeninos a los Andes
30 Meñique
31 El rey Cuervo
32 Almendrita
33 Pinocho en el país de juguetes
34 El niño perdido
35 Robin Hood
36 La isla encantada
37 Pif Paf
38 La carga liviana
39 La alfombra mágica
40 El pájaro que reía
41 La Cenicienta
42 Aventuras del rey Bader
43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
44 Pinocho en el fondo del mar
45 Gulliver en el país de enanos
46 La bella Doriguen
47 Las salamandras azules
48 Los zuecos maravillosos
49 Las tres hermanas
50 Fábulas de Iriarte
51 El niño raptado
52 Barba Azul
53 Tanino el hormiguerino
54 Gulliver en el país de gigantes
55 El tejedor de Segovia
56 El príncipe Cododac
57 La amiguita de los pájaros
58 La señorita Scuderi
59 Fábulas de Esopo
60 Constancia
61 Nicolasón y Nicolasín
62 Los rosales de la reina
63 El enfermero del Chacho
64 Griselidis
65 Alicia en el país de maravillas
66 Aladino
67 Genoveva de Brabanta
68 La Sirenita
69 Peter Pan
70 El patito feo
71 Hombre que vendió su nombre
72 Los tres pelos del diablo
73 Hansel y Gretel
74 La flor del pantano
75 El bosque fantasma
76 La cámara del tesoro
77 La desobediencia
78 El tarro de aceitunas
79 El mensajero de la corona
80 La camisa del hombre feliz
81 La verdad sospechosa
82 La graciosa Emelia
83 El muchacho afortunado
84 La novia elegida
85 Las dos estatuas
86 La botella encantada
87 El mercader de Venecia
88 La obligación
89 El favorito ingenioso
90 Los dos ruiseñores
91 El ladrón de Bagdad
92 El tambor del regimiento
93 El pájaro de oro
94 El barbero silencioso
95 Las tres perlas
96 Gulliver en países maravillosos
97 El príncipe impostor
98 El rey en busca de novia
99 El soldadito de plomo
100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

I

El castigo del duende

ILS era un chico de unos trece años, de cuerpo alto y desgarbado y de cabellos rubios como el cáñamo. Además de su poca gracia, no servía para nada, pues se pasaba el día jugando, comiendo y durmiendo y demostrando en todo sus instintos perversos.

Un domingo por la mañana, al ver que sus padres se disponían a ir a la iglesia, Nils se regocijaba interiormente, pensando que durante un par de horas, podría hacer lo que se le diera la gana.

—Ahora agarraré la escopeta de papá —se decía—, y largaré un tiro sin que nadie me lo impida.

Como si hubiera adivinado las intenciones del chico, el padre, que ya estaba en la puerta, se volvió y le dijo:

—Ya que no quieres venir a la iglesia, leerás en casa los sermones de hoy.

—Como usted quiera —contestó Nils, pero para sus adentros decía que leería lo que se le antojara.

La madre, como si también hubiera adivinado este segundo pensamiento de su hijo, sacó del armario un libro religioso, lo abrió en la página correspondiente y lo dejó sobre la mesa. Buscó igualmente en la Biblia el evangelio de ese domingo, puso este último libro junto al anterior y arrimó el sillón que usaba el dueño de casa.

Nils se repantigó en el cómodo asiento, sonriendo con cierta sorna al ver las molestias que se tomaba su madre, pues no pensaba leer más que un par de páginas. Pero el padre, ya en la calle, le dijo:

—A mi regreso de la iglesia te preguntaré página por página.

El chico se sintió como aprisionado en un lazo, dándole rabia que sus padres estuvieran contentos por haberlo atado al libro.

Sin embargo, tanto el padre como la madre estaban muy afligidos, pues les dolía tener un hijo tan haragán, tan cruel con los animales y tan reacio al trato con sus semejantes. En la escuela no había aprendido nada, y apenas si sabía cuidar los patos de la granja.

Comprendiendo que no le quedaba más reme-

dio que obedecer. Nils se volvió a repantigar en el sillón y empezó a leer en voz baja hasta que le entró sueño y se durmió.

De pronto se despertó sobresaltado por un ligero ruido que sentía a sus espaldas. En el espejo que había colgado en el alféizar de la ventana, vió con estupor que el cofre de su madre tenía la tapa levantada. Recordaba perfectamente que antes de dormirse estaba cerrado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, temiendo que algún ladrón hubiera entrado mientras él dormía, y permaneció inmóvil, sin atreverse siquiera a respirar.

Al poco rato notó que en el borde del cofre ca-

Demostrando en todo sus instintos perversos...

balgaba un duende que apenas medía una cuarta de alto. El raro personaje tenía la cara arrugada como un viejo, pero bien afeitada, y llevaba levita, calzón corto, sombrero negro de anchas alas, blondas blancas en las bocamangas, zapatos con hebilla y moños en las ligas.

A Nils le volvió el alma al cuerpo, pues no le tenía miedo a los duendes. Tan no les tenía miedo, que decidió dar caza al que tenía detrás suyo. Tomó una manga de cazar mariposas, y de un certero golpe atrapó al pequeño personaje. Pero éste trepó por la redecilla y antes de que el chico pudiera ponerse en guardia, le dió un tremendo bofetón que le hizo rodar por el suelo sin sentido.

Cuando Nils volvió en sí, se encontró con que el duende había desaparecido, el cofre estaba cerrado y la manga de cazar mariposas seguía colgada junto a la ventana. Si no fuera porque el cachete le dolía de veras, hubiera creído que todo había sido un sueño.

Al intentar levantarse, notó que la casa se había vuelto enorme, que la mesa se encontraba muy lejos y que la silla más próxima era alta como una torre. Haciendo un gran esfuerzo, trepó por el sillón y llegó a la mesa. Los libros que su madre le había dejado estaban allí, pero eran de gran tamaño, y para leer una palabra tuvo que subir sobre el mismo tomo. Se dió vuelta para mirarse en el espejo, y dió un grito de espanto: se vió convertido en un duende diminuto.

Saltó de la mesa y empezó a buscar al extraño personaje que lo había transformado. Inútil em-

Ya que no quieres venir a la iglesia...

peño. Lloró, suplicó, prometió, pero el duende no aparecía.

Salió al jardín, y los patos y las gallinas, al verlo, armaron un gran alboroto.

El gallo se puso contento, y le dijo:

—Lo tienes bien merecido, por haberme pellizcado la cresta.

Y los patos chillaban a coro:

—Nos alegramos, por todas las piedras que nos has tirado.

Lo curioso era que Nils entendía el lenguaje de los animales. De ahí que pudiera dirigirse al gato y preguntarle por el duende.

—Sé dónde está, pero no te lo voy a decir —le contestó el felino—. Vaya como castigo por todas las veces que me has tirado de la cola.

Avergonzado, Nils se fué al corral de las vacas, pero éstas lo amenazaron recordándole que les había tirado con los zuecos o las había martirizado, metiéndoles una avispa en las orejas.

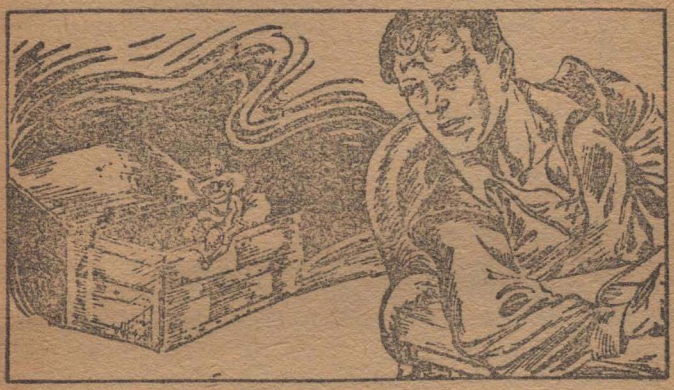
El chico se fué a refugiar entonces sobre un tapial, desde donde permaneció contemplando su casa. Sobre su cabeza pasaban bandadas de aves emigrantes. Los patos silvestres se acercaban a los patios de las granjas y les gritaban a los patos caseros:

—Vamos a las montañas. ¿Por qué no vienen con nosotros?

Y los patos domésticos levantaban la cabeza y contestaban que estaban muy bien allí. Pero a medida que pasaban nuevas bandadas se volvían inquietos y a veces batían las alas como para probar sus fuerzas. Hubo un momento en que un pato joven les dijo a los que volaban:

—Esperen, que voy con ustedes.

Desplegó las alas e intentó levantar el vuelo, pero fué a caer casi a los pies de Nils. Este pensó en el dolor de la pata madre si el pato joven, que lucía un lindo plumaje blanco, llegaba a escaparse. Para impedírselo, saltó al suelo y echó sus brazos al cuello del ave. En ese preciso momento, el pato hendió el aire como si una nueva fuerza lo impulsara. El chico entonces montó a



Cabalgaba un duende que apenas...

caballo del palmípedo, aferrándose fuertemente en las plumas.

II

El pequeño héroe

Cuando el sol estaba por ocultarse detrás del horizonte, los patos bajaron en vuelo pausado

hasta las orillas de un lago, donde iban a pasar la noche.

Nils tenía hambre, pero no sabía dónde conseguir comida. En la orilla no había casi vegetación. Se dirigió a su compañero de viaje, el pato blanco al cual su madre llamaba Martín, y vió que no se había movido del sitio en que descendiera. Estaba con los ojos cerrados y su respiración era fatigosa y difícil.

Comprendiendo el chico que Martín era su único amigo, haciendo un extraordinario esfuerzo, lo arrastró hasta el agua. El pato se quedó un rato inmóvil, pero luego bebió con avidez y empezó a nadar entre los juncos. En eso descubrió una trucha, la atrapó con el pico y, volviendo a la orilla, se la ofreció a Nils.

—Toma —le dijo—. Lo mereces, por haberme salvado la vida.

Estas fueron las primeras palabras amistosas que el niño oyó aquel día, con lo que renació su ánimo y, sacando un cortaplumas del bolsillo, se comió el pescado.

Luego Martín le pidió ayuda, manifestándole que quería ir hasta Laponia con los patos silvestres, que lo despreciaban porque era casero. El chico y el ave hicieron un trato de mutua ayuda, resolviendo que en otoño Nils se hallaría de regreso en su casa. Y estaban en primavera.

En eso los patos silvestres se aproximaron a Nils y Martín. Eran más chicos que éste y de color gris con rayas oscuras. Después de saludar doblando el cuello varias veces, el guía preguntó:

—¿Por qué quieres volar con nosotros?

Y contestó Martín:

—Para demostrar que también los patos caseros servimos para algo.

—Los bravos como tú pueden ser buenos compañeros. Permitimos que nos acompañes. ¿Pero quién es ese que llevas contigo.

—Es un compañero de viaje.

—Muy bien. Yo me llamo Okka. Todos los que me acompañan son de la mejor familia y no compartiremos nuestra cama con nadie, si no sabemos de dónde viene.

—Me llamo Nils Holgerson —dijo entonces el chico con enojo—. Hasta hoy he sido hombre, pero esta mañana...

—¡Basta! —le interrumpió Okka—. Debes irte. No queremos hombres con nosotros.

—Mañana volverá a su casa —dijo Martín, interviniendo.

Entonces empezó una danza loca...

—Si es así, puede quedarse por esta noche.

Dicho esto, el guía se fué con sus compañeros a dormir.

Nils y Martín juntaron un poco de pasto seco y se acostaron sobre él. El pato acomodó al chico debajo de una de sus alas, y se quedaron dormidos.

A eso de la medianoche, el zorro Esmirra notó la presencia de los patos, corrió hacia ellos y de un salto agarró a Okka por una de las alas y huyó tierra adentro.

Nils se despertó y, creyendo que era un perro que había atrapado a uno de los patos, se precipitó sobre él, gritando:

—¡Larga a ese pato, canalla!

Y el chico corría tan ligero, que a poco tenía al zorro agarrado por la cola. Pero el rapaz se dió cuenta que Nils era un ser inofensivo para él. Se detuvo y dejando el pato en el suelo sujetándolo con las manos, se dispuso a contestar a su perseguidor, pero como éste tiró más fuerte de la cola, se vió obligado a retroceder unos pasos, con lo que Okka quedó libre, emprendiendo el vuelo con cierta dificultad, por estar herido en una de sus alas.

Entonces empezó una danza loca entre un torbellino de hojas secas. El zorro daba vueltas y más vueltas, y el chico no se soltaba. En una de esas largó a su presa y se trepó a lo alto de un haya.

Esmirra estaba tan enardecido, que no se dió cuenta en el primer momento de lo que pasaba, y seguía dando vueltas y más vueltas, hasta que Nils le gritó desde la copa del árbol:

—No bailes más, estúpido.

Rabioso por el chasco que se había llevado, el zorro se echó al pie del haya, dispuesto a esperar que el chico bajara. Pero al rayar el alba, Martín se acercó volando y, tomando sobre su lomo a Nils, se lo llevó a la orilla del lago.

Se trepó como hacen los marineros...

Y Esmirra, que se había dormido, seguía roncando...

III

El gran corazón de Nils

Los patos no comentaron siquiera la hazaña del valiente chico. Salieron en busca de comida, volvieron para descansar y partieron de nuevo. Lo único que dijeron fué que todavía no pensaban ir a Laponia.

Pasado el mediodía, Martín le pidió a Nils que fuera en busca de comida, y le dió la dirección de una granja a la cual acababan de llevar una ardilla recién atrapada. El lindo animalito fué encerrado en una amplia jaula en forma de casita con una rueda de alambre para que pudiera hacer ejercicio. Le dieron leche y avellanas, y se extrañaron de verlo triste e inmóvil.

La abuela de la casa estaba esa noche sentada junto a la ventana, y miraba hacia afuera. Como la luz de la cocina iluminaba el patio, la vieja podía distinguir perfectamente la jaula de la ardilla. Notaba que ésta de cuando en cuando iba y venía por la jaula desesperadamente como buscando por dónde salir. Ya entrada la noche, vió entrar por la puerta del patio a un enanito que no levantaba una cuarta del suelo. Se imaginó que sería un duende, y como dicen que los duendes llevan la felicidad a todas partes, siguió mirando con atención. El hombrecito se dirigía hacia la casa, pero al oír un leve rumor, se volvió y al ver la jaula se acercó a ella. Como no podía alcanzarla, buscó una caña, la apoyó en el tapial y se trepó como hacen los marineros en los mástiles. Después de un breve diálogo con la ardilla, descendió y se fué. Desde entonces el animalito se quedó quieto y se echó en el piso de la jaula dispuesto a dormir.

Instantes más tarde volvió a entrar el duende en el patio. Algo llevaba en sus manos, que la vieja no podía distinguir. Dejó en el suelo lo que sostenía en la izquierda, trepó por la caña y entregó a la ardilla lo que llevaba en la derecha. Luego bajó para levantar lo que había dejado en

Mandó a un mochuelo en busca de ratas

el suelo y repitió la operación, desapareciendo después rápidamente.

No tardó en volver el duende. Traía de nuevo algo en sus manos, algo que chillaba y se movía. Entonces la vieja comprendió que había ido en busca de los hijos de la ardilla para que no murieran de hambre. El buen corazón del extraño hombrecito la enterneció mucho.

Cuando Nils —pues el duende no era otro que Nils— estuvo por dejar en el suelo una de las ardillitas, vió brillar muy cerca los ojos fosforescentes del gato. Sin saber qué hacer, miró a todos lados, y al ver a la anciana, no vaciló: corrió hacia ella y le entregó los animalitos. La buena mujer colocó las ardillitas junto a la madre, y Nils volvió a desaparecer.

Cuando a la mañana siguiente la abuela refirió lo que había visto, nadie le quiso creer, pues

Al fin Okka y sus compañeros, junto con el

Martín y Nils, partieron hacia el norte

las ardillas no criaban a esa altura del año. Fueron a la jaula y vieron, asombrados, sobre un lecho de hojas secas, las cuatro ardillitas sin pelo y ciegas todavía. Entonces el patrón de la granja hizo sacar de la jaula a los prisioneros y ordenó que los llevaran al bosque y los dejaran en libertad.

IV

Vísperas de viaje

Los patos no se animaban a emprender el proyectado viaje a Laponia, debido al mal tiempo.

Un día, mientras Nils paseaba por el bosque, se le acercó Okka, que todavía no le había dado las gracias por haberlo salvado de las fauces del zorro, y le preguntó si había encontrado comida. Como el chico le dijera que no, el viejo pato cortó con su pico unos frutos que Nils comió con satisfacción.

Nuestro pequeño héroe se sentía cómodo viviendo con los patos, pero temía que se resistieran a aceptarlo como compañero. ¡Le gustaría tanto vivir con ellos! Nadie le retaría y podría pasarse semanas enteras sin trabajar, y como ahora precisaba tan poquito para comer, le sería muy fácil atender a sus necesidades.

Okka le dijo que debía ir con mucho cuidado en sus paseos por el bosque, pues había allí dos enemigos terribles: el zorro y la marta. También le dijo que en la orilla del agua había que disparar de las nutrias, y cerca de las paredes no había que olvidar a la comadreja. Al acostarse con-

venía mirar si entre el pasto no dormía alguna víbora. En campo abierto había que desconfiar de los gavilanes, las águilas y los halcones, y al abrigo de los avellanos, había que temer a los cuervos y a las urracas.

Asustado por los numerosos peligros que le ha-

Tuvo que permanecer varias horas...

bía nombrado, el chico pidió un buen consejo a Okka, quien lo convenció de que debía andar bien con los pequeños animales, tales como las ardillas, los gorriones y las alondras, pues éstos advierten el peligro, ofrecen escondrijos y, si es necesario y pueden, se unen para ofrecer resistencia.

Nils se estremeció al recordar que había destruído los nidos de las golondrinas, había robado huevos a los gorriones, había ahogado a los pichones de los cuervos, había cazado mirlos con el cepo y había encerrado ardillas en las jaulas.

V

Las ratas

En el sudeste de la Escania había un castillo. Estaba abandonado por los hombres, pero no por los animales. En el tejado había cigüeñas; en el granero, mochuelos; en los corredores, murciélagos, y en las bodegas, ratas negras, centenares de ratas negras.

El lunes por la mañana, la bandada de patos que conocemos estaba por levantar el vuelo rumbo a Laponia, cuando desde el cielo la grulla Trianuta los invitó al baile de Kullaberg. Los patos aceptaron, pues era un espectáculo muy divertido el baile de las grullas. Pero minutos más tarde llegó la cigüeña Ermenric, y suplicó la ayuda de Okka y sus compañeros, para defender a las ratas negras que habían abandonado el castillo para ir a Kullaberg. Resulta que las ratas grises, que no habían sido admitidas a la fiesta, aprovechando la ausencia de las negras, pensaban tomar por asalto la residencia de éstas.

Nils, a quien Okka presentó a la cigüeña como Pulgarcito, se armó de valor, y ofreció su ayuda, la que le fué aceptada.

Sin perder tiempo, toda la bandada levantó vuelo y enfiló en dirección al castillo.

A medianoche reinaba el más profundo silencio en el castillo. De pronto, por una ventana angosta y baja, asomó su hocico un gran ratón gris, el cual, después de una prolongada espera, se decidió y saltó al interior. Por lo visto, éste era el jefe, pues los demás lo siguieron. Poquito a po-

Siguió caminando y llegó a un pueblito...

co, los invasores fueron ocupando todo el castillo hasta llegar al techo. En ese preciso momento, el mochuelo que había ido a avisar a las ratas negras, estaba de vuelta, lo mismo que la lechuza. Esta entregó a Okka una cosa que Flama le mandaba.

Las ratas grises no se molestaron en revisar el techo, pues estaban convencidas de que no quedaba en el castillo una sola de las negras. Para no perder tiempo, se precipitaron sobre los montones de trigo que las ausentes habían almacenado a fuerza de sudores y malos momentos. De pronto oyeron en el patio un fuerte silbato. Y un ratón, dos ratones, todo el ejército que invadió el castillo, se lanzó al lugar de donde partía el llamado. Y vieron en mitad del patio a un hombrecito de una cuarta de altura tocando un armonioso pito. Todas las ratas lo rodearon y se quedaron fascinadas escuchándolo. Cuando el diminuto personaje vió que todos los roedores habían abandonado las dependencias del castillo, echó a andar lentamente por el camino, sin cesar de tocar. Y todos los roedores lo siguieron dócilmente.

El instrumento no era otra cosa que uno de esos pequeños cuernos que utilizaban los antiguos para encantar a las ratas. Flama lo había encontrado en un tragaluz de la catedral de Lund, y se lo había mandado a Okka.

Y Nils anduvo toda la noche y siguió andando todo el día; y las ratas grises, sin poder resistir el encanto de aquella música, le seguían como falderos.

...¡ya estás de vuelta, amigo buho?

VI

Rumbo a Laponia

Al fin Okka y sus compañeros, junto con el pato Martín y Nils, partieron hacia el norte.

Quiso la mala suerte que aquel mismo día empezara a llover, por lo que el chico tuvo que permanecer varias horas sobre el lomo de Martín, empapado de lluvia y aterido.

Cuando los patos aterrizaron debajo de un gran pino, Nils echó a correr por los alrededores en busca de comida, pero la oscuridad se hizo de pronto tan impenetrable, que no alcanzaba a distinguir nada.

Sin embargo, siguió caminando y llegó a un pueblito. Se sentó en un rincón de la escalinata de la iglesia, al reparo del agua, y empezó a reflexionar. Deseaba volver a ser hombre. Y deci-

dió preguntar al maestro, al cura, al médico del lugar, para ver si entre todos podían volverlo a su anterior condición.

De pronto vió aparecer un gran buho en una pared próxima. Un mochuelo que había permanecido oculto, saludó a su amigo, diciéndole:

—¿Ya estás de vuelta, amigo buho?... ¿Qué novedades traes?

—De Blikinge no traigo nada, pero en la Escania me contaron que un chico fué convertido en duende y se dirige a Laponia acompañado de un pato casero.

—¿Y algún día podrá volver a ser hombre ese chico?

—Aunque es un secreto, te lo contaré: el duende que lo castigó dijo que si el chico cuida bien al pato y vuelve a casa sano y salvo...

—¿Cómo, qué dices?

—Sube conmigo hasta el campanario, y allí te lo contaré todo, pues aquí estamos cerca de la calle y alguien podría oírnos.

Para Nils era suficiente. Tirando la gorra al aire, exclamó:

—Si cuido bien al pato y vuelvo con él a casa sano y salvo, seré hombre de nuevo. ¡Viva!... ¡Viva!...

Regresó en seguida al pino bajo el cual se habían acurrucado los patos y, sin hacer ruido, para no despertar a Martín, se colocó al amparo de su ala, con lo que se halló a salvo de la lluvia entre un muelle lecho de plumas.

A la mañana siguiente la bandada reanudó el vuelo.

Los dos días siguientes el viaje tuvo que ser interrumpido debido a la niebla.

Una tarde en que Nils juntaba almejas en la orilla del mar, todos los patos corrieron a su encuentro y le preguntaron si no había visto a Martín.

Resultaba que el pato blanco, compañero del chico, había desaparecido.

Nils empezó de inmediato a buscarlo. Recorrió todos los alrededores hasta que se hizo de noche y tuvo que emprender el regreso.

De pronto oyó el ruido producido por una piedra que rodaba a sus espaldas, y al volver la cabeza vió algo que se movía. Era Martín que trepaba con dificultad entre unas piedras. Llevaba en el pico un pescado y varias raíces. Algo más arriba había una pata gris que recibía a Martín con alborozo. Esta no podía volar porque tenía un ala herida. La bandada a la cual pertenecía,

Todos los patos caminaron a mi encuentro...

la había abandonado, y el bueno del pato casero, compadecido, le llevaba comida.

Cuando Martín se retiró, Nils se acercó a la enferma, la que se asustó al verlo e intentó volar, aunque inútilmente.

—No temas —le dijo el chico conmovido—. Soy el compañero de Martín.

—¡Ah! ¿Eres tú? —exclamó la pata—. Martín me ha dicho que no hay en el mundo un ser más bueno.

Nils, impresionado por lo que acababa de oír, quiso socorrer a la linda patita y acarició con las manos su rico plumaje y tocó el hueso del ala lastimada, comprobando que no estaba roto, sino simplemente dislocado. Lo empujó hacia una cavidad y le pareció que había vuelto a su sitio. Sin embargo, la pata gris dió un grito y quedó desvanecida.

Temiendo haberla muerto, el chico se asustó y, saltando sobre las piedras, echó a correr con una amarga congoja en el corazón, como si por su culpa hubiera fallecido un ser humano.

Al amanecer del siguiente día, el cielo apareció limpio de niebla, y Okka decidió reanudar el viaje. Nils saltó sobre las espaldas de Martín, y la bandada levantó el vuelo. Pero el pato casero volaba lentamente, como si lo hiciera a disgusto. De pronto se desvió de la ruta y fué bajando hasta la playa, llegando al montón de piedras donde antes estaba la pata herida; pero ésta había desaparecido.

—¿Dónde estás, Finduvet? —preguntaba a gritos Martín.

Echó a correr con una amarga congoja...

—Aquí estoy —le contestó la pata, saliendo del agua—. He venido a bañarme.

Y le contó a Martín que Nils era un gran médico, pues la había curado, y, tendiendo sus alas, fué a juntarse con la bandada de Okka.

Al atardecer, las cornejas llegaron a una casa en ruinas que era su morada. Entraron por una ventana y dejaron al chico en el suelo. Inmediatamente el jefe le ordenó a éste que le prestara un servicio, pero el chico estaba tan cansado que no podía tenerse en pie. Entonces la corneja lo agarró por la ropa y arrastrándolo hasta una jarra de barro, le ordenó:

—Levanta la tapa.

Nils trató de obedecer, pero no pudo. Entonces el pajarraco se lanzó sobre él y le picó en una pierna. El chico, fuera de sí, extrajo su cortaplumas y, con un golpe desesperado, le clavó el arma cuya hoja le llegó hasta el cerebro.

Nils comprendió que la jarra era buen refugio y levantó la tapa para ocultarse dentro; pero resulta que la jarra estaba llena de moneditas de plata. Entonces empezó a tirar monedas para hacerse lugar. Cuando las cornejas vieron las piezas relucientes, olvidaron su deseo de venganza y y empezaron a juntar el dinero, huyendo luego para esconderlo en los alrededores.

Minutos después no había quedado en la casa más corneja que la amiga y protectora de Nils, la cual le dijo a éste:

—Ven, sube a mis espaldas. Procuraré llevarte con tus compañeros los patos.

VII

Entre los hielos

Una guardadora de patos llamada Asa y su hermanito Mats iban por el camino que llevaba al Narke. Ambos eran del mismo pueblo de Nils, y todos los años, al llegar la primavera, iban a pasar tres meses en esa región para trabajar con los carboneros del bosque.

El lago que bordeaba el camino todavía estaba helado. De ahí que los dos muchachos pensaran que podían ahorrar mucho camino atravesándolo sobre el hielo, en lugar de dar la vuelta. No ignoraban que en la primavera eso resulta peligroso, pero les pareció que el hielo se mantenía lo suficientemente sólido, y se aventuraron.

Llevaban una hora caminando, cuando vieron a lo lejos una blanca muralla que bajaba y subía sin cesar. Asa y Mats comprendieron que se tra-

taba de la espuma de las olas que se batían contra el hielo avanzando de continuo, y presintieron el peligro que corrían.

Instantes después el hielo empezó a levantarse hinchándose y hundiéndose como si alguien lo empujara y lo soltara desde abajo. Profundas y largas grietas se iban abriendo en la superficie.

Cuando los dos hermanos creían llegado su fin, una bandada de patos silvestres pasó sobre sus cabezas, graznando hasta ensordecer. Y entre los gritos destemplados, los muchachos creyeron oír una voz que les decía:

—¡Dirigíos hacia la derecha!

Asa y Mats siguieron el consejo que les parecía recibir del cielo. Sin embargo, tuvieron que detenerse ante una gran laguna. Vacilaron. Los patos volvieron a graznar y entonces los muchachos oyeron:

—Esperad ahí. No os mováis.

Se sintió agarrado por el cuello de la camisa...

Los dos hermanos obedecieron. Las masas de hielo volvieron a unirse, después de lo cual oyeron la misma voz, que les decía:

—Ahora seguid adelante.

—¡Feliz viaje, amigos! —Es Nils Holgersson quien os habla.

VIII

El regreso

Un día hermoso de octubre, Okka dió la orden de regresar al sur.

Durante todo el día volaron envueltos en frías nieblas, y por la noche descendieron sobre la cumbre de una colina donde se elevaba un castillo abandonado.

Nils rogó a su compañero Martín que lo dejara en la torre. Deseaba encontrar un rincón seco donde dormir. Así lo hizo, y cuando a la mañana siguiente el sol le daba en pleno rostro, se levantó, salió de su escondite, miró a todos lados y no vió ni rastros de sus compañeros. Llamó con desesperación, pero no contestó nadie, y pensó con angustia que si no llegaba a su casa con el pato blanco no volvería a ser hombre.

Se devanaba los sesos pensando en lo que podía hacer, cuando un cuervo llamado Bataki se aproximó a él y le dijo:

—Vengo a buscarte de parte de Okka. Tus compañeros no se han atrevido a hacerlo, porque por estos alrededores anda un cazador. Sube sobre mis espaldas, y te llevaré donde está la bandada.

Así lo hizo Nils, y su nuevo amigo salió veloz

agitando apenas las alas. Una hora más tarde se reunía con sus viejos compañeros.

Los patos silvestres reanudaron el vuelo y descendieron al anochecer en una dilatada marisma.

Viendo Nils que en las cercanías había varias casas, trató de acercarse. Por una linda avenida entró en un jardín que se extendía frente a un edificio. No se atrevió a entrar y siguió paseando. De pronto, una lechuza se abalanzó sobre él,

Le obligó a permanecer quieto...

le clavó las uñas en la espalda y con el pico comenzó a golpearlo como si quisiera sacarle los ojos. Afortunadamente, una señora que pasaba por allí una temporada para escribir, lejos del bullicio de la ciudad, un libro de lectura para los niños, acudió en su auxilio. La lechuza voló, y Nils, todo dolorido, se sentó en el suelo. Apenas se hubo repuesto, agradeció la ayuda, y la señora, aunque estaba acostumbrada a escribir cuentos de hadas, se maravilló al oír hablar al duende.

—Soy un ser humano como usted —dijo el chico—. Me veo reducido a la condición de duendecillo por haber sido malo.

—Cuéntame tu historia.

Así lo hizo Nils, y cuando hubo terminado, dijo la mujer:

—He aquí que, por tu conducto, tengo el libro que deseaba: la historia del chico que viajó por mi país, montado en un pato.

IX

De vuelta a la casa

A la mañana siguiente, Nils se despidió de la buena señora.

Subió sobre Martín y Okka enfiló entonces hacia la llanura de Escania donde estaba el hogar de nuestro héroe. Un instante después, el pato blanco y Nils descendían en el patio de la casa.

Nils se lanzó hacia donde estaban sus padres. Su madre lo vió en seguida y exclamó:

—¡Nils, hijo mío!... ¡Qué grande y qué lindo estás!

—¡Loado sea Dios, que te devuelve a nuestro lado! —dijo el padre.

Al sentir los brazos de su madre alrededor del cuello, el chico comprendió lo que le había ocurrido y, lleno de júbilo, gritó:

—¡Mamá, mamita mía! ¡Vuelvo a ser hombre!

Impreso en los Talleres de la Editorial Tor, el 9 de enero de 1945. Bs. Aires
Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

SC
Li
C-LA

CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA
22